



LUIS ALBURQUERQUE-GARCÍA¹
Instituto de Lengua, Literatura y Antropología
Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid
luis.alburquerque@cchs.csic.es
Artículo recibido: 13/04/2014 / Aceptado: 25/04/2014

LITERATURA DE VIAJES Y SIGLO XVIII ESPAÑOL: REPASO Y SISTEMATIZACIÓN

RESUMEN:

Se propone una división de la literatura de viajes del siglo XVIII en preceptivas sobre viajes, viajes ficcionales y relatos de viaje, que subrayan su importancia en la época de la Ilustración. Se enfatiza la presencia de los relatos de viaje como un género con una tradición arraigada en la literatura previa que asume unas características propias dentro del paradigma sociocultural del Siglo de las Luces.

PALABRAS CLAVE: Literatura de viajes, relato de viajes, siglo XVIII, Ilustración.

ABSTRACT:

This paper presents a division of eighteenth-century travel literature in prescriptive travel texts, fictional travel narratives and travelogues, emphasizing their importance in the Age of Enlightenment. Special emphasis will be given to travel narratives as a genre with a strong tradition in the history of literature, which captures its own characteristics within the socio-cultural paradigm of the Enlightenment.

¹ Luis Alburquerque García pertenece al área de Teoría de la Literatura y forma parte del grupo «Análisis del Discurso» del Instituto de Lengua, Literatura y Antropología del Centro de Ciencias Humanas y Sociales (CCHS). Ha sido secretario del Curso de Alta Especialización en Filología Hispánica de la Fundación Carolina (2001-2013). Pertenece al Consejo de Redacción de *Anejos de Revista de Literatura* (CSIC) y es secretario de *Anales Cervantinos* y de *Revista de Literatura*. Es autor con Miguel Ángel Garrido de *Mil libros de teoría de la Literatura* (CSIC, 1991). Ha traducido el libro *Occidental poetics* de Lubomír Doležel con el título *Historia breve de la poética* (Síntesis, 1997). Especializado en retórica y poética, sobre todo de los Siglos de Oro, es también autor de *La retórica de la universidad de Alcalá* (Universidad Complutense, 1993), *El arte de hablar en público. Seis retóricas famosas* (Visor, 1995). Ha coordinado con Miguel Ángel Garrido el volumen *El Quijote y el pensamiento teórico literario* (2008). Ha publicado numerosos artículos de la especialidad y ha colaborado en la elaboración de numerosas entradas con la *Gran Enciclopedia Cervantina* y el *Diccionario Biográfico* de la Academia de la Historia. Ha dedicado algunos trabajos en los últimos años al análisis, desde perspectivas diversas, del género 'relato de viaje'. Ha coordinado el número monográfico *Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia* (*Revista de Literatura*, 2011).

KEY WORDS: Travel literature, Travelogues, Eighteenth-century, The Enlightenment.

En trabajos anteriores he tenido ocasión de trazar sintéticamente la evolución del género relato de viaje a lo largo de la historia. Cumple ahora fijar la atención en uno de los siglos, el XVIII, en el que el género en cuestión se consolida con unas características propias que lo diferencian de la producción de los siglos precedentes y subsiguientes.

El viaje en su dimensión teórica y como práctica social adquiere en el Siglo de las Luces una importancia que supera con mucho la que se le había otorgado anteriormente. Se ha convertido en un fenómeno social y cultural cuya proyección se refleja, entre otros muchos aspectos, en una mayor presencia del viaje en la literatura en general, como tendremos ocasión de repasar.

Al asentarse las coordenadas filosóficas y epistemológicas provenientes del siglo anterior, la teoría acerca de los viajes queda fijada dentro de un marco cognitivo en el que la inducción ocupa un lugar privilegiado y la observación directa de los hechos se erige en condición necesaria para el conocimiento de la realidad.

El viaje se instala en la vida social de la Ilustración como un hito insoslayable dentro del currículum del hombre ilustrado. Sus huellas se pueden rastrear en toda la producción poética, léase literaria, del período que nos concierne. Quiero proponer una división de los diferentes apartados en que se puede dividir la literatura viajera del siglo XVIII, con el fin de precisar en lo posible los límites (todo lo imprecisos y lábiles que se quiera), la naturaleza, las peculiaridades inherentes a su siglo y la proyección ulterior de los ‘relatos de viaje’ como marbete caracterizador de un género cuyo linaje arranca en la antigüedad clásica y llega hasta nuestros días con no menos vigor.

La sistematización abarca tres apartados. El primero corresponde a la preceptiva sobre los viajes. Es un hecho singular cuyo origen hay que buscar en el siglo anterior. Las reflexiones sobre el viaje son un fenómeno que se consolida en este siglo como proyección de los principios epistemológicos antes aludidos con un claro marchamo anglo-empirista. Son textos que podríamos calificar como típicamente dieciochescos en los que el objetivo pedagógico está claro y cuya adscripción al género del ensayo parece fuera de toda duda. Nos hallamos ante unos textos en prosa sin una intencionalidad artística tan subrayada como la de las obras estrictamente «literarias» que, según prescribían mayoritariamente las poéticas neoclásicas, tenían que estar escritas en

verso y ser «imitación de la naturaleza» para merecer aquel estatuto². Estos textos ensayísticos pertenecen al ámbito de la elocuencia, según la preceptiva de la época, y por tanto, sirven de molde excepcional para presentar las ideas del espíritu ilustrado de renovación.

El segundo atiende a la literatura de viajes de ficción cuyos textos se alejan de los 'relatos de viaje' como la ficción de la factualidad. A pesar de cumplir el precepto aristotélico de la ficcionalidad estas obras no atendían al de la versificación que, aun no estando tan clara su raíz aristotélica, las poéticas dieciochescas lo habían instituido como criterio excluyente. Estas obras no forman parte, por tanto, del canon poético en las preceptivas del siglo XVIII.

El tercero se refiere a los 'relatos de viaje'. Atiende a su delimitación genérica y a las formas propias de su engaste ilustrado en forma de epistolarios, diarios, apuntes de viaje, etc. Me parecen los textos más interesantes, en primer lugar, por su condición de literatura factual, es decir, basada en una experiencia auténtica de viaje; en segundo, por su equilibrio, bien es cierto que cambiante según las épocas y corrientes, entre el carácter subjetivo y el objetivo de lo narrado; la presencia del 'yo', como veremos, se sustancia, entre otras maneras, en el formato epistolar que facilita el carácter subjetivo sin llegar a convertir al autor/narrador en instancia decisiva, como ocurrirá en el siglo XIX; y, en tercer lugar, por su modalidad descriptiva que se impone a la narrativa, pero sin asfixiarla.

a) **Preceptivas sobre viajes.** Se trata de un fenómeno propiamente ilustrado que se forja en el siglo XVII, muy ligado al desarrollo del *Grand tour*, y que potencia el viaje por Europa, principalmente por Francia e Italia. Como recuerda Arbilla (2005: 43-56), sobresale el ensayo de Francis Bacon titulado *De los viajes* (1625) como un texto pionero, que va a marcar un punto de inflexión en la teoría y práctica del viaje al situarlo dentro del contexto de la filosofía moderna del empirismo. El consejo de llevar un diario, un mapa y un libro de viajes del país es una recomendación que se consolidará en el siglo XVIII y que se halla en consonancia con los principios del conocimiento científico de tipo inductivo.

La influencia inmediata del tratado de Bacon se manifiesta en la aparición pocos años después del texto *Profitable instructions; Describing what Specials Observations are to be taken by Travellers in all Nations* (1633), de William Davison, que afianza la parte preceptiva del tratado baconiano y que supera cualitativamente a numerosos tratados similares surgidos durante la Ilustración que devinieron en meros recetarios. Su influencia también alcanzará, finalmente, a la

² Para las cuestiones de preceptiva neoclásica un resumen esclarecedor se puede ver en Checa Beltrán.

publicación en 1666, por la Royal Society de Londres, de unas *Directions* para viajes.

El segundo hito es el capítulo *De los viajes* que Rousseau incluye dentro del libro quinto del *Emilio o de la educación* (1760). Se subraya la conexión entre los viajes y la formación del individuo, que debe viajar, en primer lugar, para conocer a los habitantes de otras naciones como medio para acceder al conocimiento de sus gobiernos. Otorga un espacio importante Rousseau al contacto con la naturaleza que anteriormente había sido contemplada como simple escenario. El protagonismo que adquiere en su consideración epistemológica tendrá honda repercusión en conceptos muy debatidos posteriormente, como el de lo sublime frente a lo pintoresco.

Las teorías de Bacon y de Rousseau influirán notablemente en la teoría y práctica de los viajes. El concepto del viaje formativo y pedagógico alcanza su máxima consideración en el artículo *Voyage* de la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alambert que recoge fundamentalmente las ideas baconianas y roussonianas que se completan al final con algunas sentencias de Montaigne.

La repercusión de estos dos ensayos favoreció en España la aparición del breve ensayo «Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes», que Cadalso incluyó dentro de *Los eruditos a la violeta o Curso completo de todas las ciencias dividido en siete lecciones para los siete días de la semana* (1772), como broche de la obra. El componente satírico de las «Instrucciones» se compadece con el registro irónico del texto en que se inserta. Las consabidas referencias baconianas al conocimiento del país, sus gentes y sus gobiernos, no impide escuchar el eco del *Emilio* de Rousseau, a pesar del elogio envenenado que este había vertido sobre los españoles cuando dice que son los que mejor saben viajar de entre los europeos, ya que «como los pueblos menos cultivados son generalmente los más sabios, los que viajan menos viajan mejor». Anota Cadalso una afirmación memorable al aconsejar que el joven viajero evite los prejuicios que traiga de su nación.

Recuerda Álvarez de Miranda (1995: 683) la madrugadora obra *El hombre práctico* de 1686 (y curiosamente reeditada en 1764), de Francisco Gutiérrez de los Ríos, tercer conde de Fernán-Núñez, en la que se exhorta a que los jóvenes de buena familia emprendan el *Grand tour*:

«Lo más conveniente sería que luego que en la edad juvenil se hubiesen adquirido los conocimientos necesarios a un hombre práctico [...] pasase a los viajes que pareciesen más convenientes, con persona de mayor edad y de entero conoci-

miento del mundo, que en cada parte pudiese hacerle observar la constitución del gobierno, la creencia, el genio de la nación, las virtudes especiales de ella así en lo corporal como en lo espiritual, y de la misma manera los vicios y malos hábitos, las fuerzas naturales y terrestres, el comercio, los frutos de la tierra, los edificios considerables, y por último todo lo que pudiese instruir en su ánimo en el mejor conocimiento de la parte que veía, pasando a hacer comparación entre cada una de estas cosas y las de la propia patria, a cuyo útil, como al de cada individuo, deben siempre mirar todos los conocimientos de las cosas humanas».

En 1791, precisamente un nieto de Gutiérrez de los Ríos, el embajador Fernán-Núñez, escribe una obra con similares propósitos que titula *Carta de don Carlos de los Ríos [...] a sus hijos* en la que se recogen avisos del mismo tenor de los que había escrito su abuelo un siglo antes:

«No debe viajarse cuando se es demasiado joven, sino precisamente pertrechado con los conocimientos y la educación que son necesarios al viajero (en este punto, el autor es inflexible: para evitar los viajes inútiles, y aun dañinos, «convendría poner en las fronteras de cada reino un tribunal en que se examinase a los viajeros antes de permitirles abandonar el suyo»); conviene hacerse acompañar de «un amigo fiel e instruido», llevar un diario del viaje, comparar lo que se observa «con los usos y gobiernos de nuestro país, anotando lo que puede ser útil en él» (en Álvarez de Miranda 1995: 684).

En esta misma línea de vademécums se sitúa el *Compendio de observaciones que forman el plano de un viaje político y filosófico que debe hacerse dentro y fuera del reino en que nacemos, y luego por la Europa y demás partes de la Tierra*, escrito por Vicente del Seyxo, de 1796.

Otros tratados son traducciones, como la publicada en 1759 con el título de *Itinerario o método apodémico de viajar* también titulado *Itinerario en que se contiene el modo de hacer con utilidad los viajes a Cortes extranjeras*³, que el abogado Joaquín Marín vierte del tratadito latino *Itinerarium, sive de methodus apodemica peregrinationis praecepta exhibens* (Augsburgo, 1751) del benedictino alemán Olivier Legipont.

³ Sobre la expresión «correr cortes», nombre que recibía durante el siglo XVIII en España el viaje de formación, Albiac recuerda que los beneficiarios eran la nobleza ilustrada y las familias acomodadas que enviaban a sus hijos a educarse en centros extranjeros de prestigio, a relacionarse con la buena sociedad y a seguir cursos con maestros de renombre (Albiac, 2011: 255-260).

Bien es cierto que esta situación empieza a cambiar en la segunda mitad de siglo cuando se incorporan jóvenes de condición más modesta con vistas a la ampliación de sus estudios o a la obtención de algún cargo relacionado con las artes o las letras, gracias a la ayuda económica de los gobiernos a través de becas o pensiones (Tejerina 1988: 20-21).

La prensa periódica se hace eco de las preceptivas viajeras y no es infrecuente toparse con ellas (según Álvarez de Miranda). Hay una en el *Diario curioso* de Barcelona, en 1772; otra, titulada un *Modo de viajar para sacar partido de los viajes* en el *Diario de Madrid*, en 1787; y otra más en el *Diario de las musas*. En el *Espíritu de los mejores diarios* aparece una disertación traducida del francés que se abre con la pregunta: «¿Pueden considerarse los viajes como un medio de perfeccionar la educación?»; Clavijo y Fajardo escribe el más temprano ensayo periodístico dedicado al tema. De hecho, toda una entrega de *El Pensador* se ocupa de los viajes (*Pensamiento XIX*, 1762). Las deudas con Rousseau son más evidentes que las huellas del *The Spectator*.

Hay más textos en que se reflexiona sobre el viaje, su utilidad y su importancia para la educación aunque, si bien es cierto, estas consideraciones «teórico-prácticas» se pueden encontrar insertadas dentro de relatos de viaje. En el rastreo de obras que podríamos incluir dentro de este apartado podemos citar la anónima *Carta del castellano de Avilés a un amigo suyo en Madrid* (1757), que relata un viaje por Alemania en el que no faltan las instrucciones sobre los viajes, cuyo objetivo, además de condensarse en la fórmula tan neoclásica de instruirse y deleitarse, no deja de insistir en el aspecto formativo de los viajes, tan importante como complementario de la lectura (en Álvarez de Miranda 1995: 684).

b) **Viajes ficcionales.** La abundancia de estos viajes, que narran aventuras, desplazamientos, periplos imaginarios o viajes utópicos, sazonados en numerosas ocasiones de tintes satíricos y aun mordaces, es una constante en la literatura europea de la Ilustración. España no permanece al margen de esta corriente si bien es cierto que lo hace fundamentalmente a partir de la segunda mitad del siglo y, en muchas ocasiones, a través de las traducciones de las obras canónicas del género. Conviene anotar en este punto cómo algunas de las obras importantes del género en este siglo beben directamente de la fuente del *Quijote*, tal es el caso de la obra maestra de Tobías Smollet, *La expedición de Humphry Clinker* (1771), una novela de viajes en formato epistolar, o *Tristram Shandy* de Laurence Sterne, una novela picaresca cuyo protagonista narra su vida⁴.

Álvarez de Miranda (1995: 701) repasa las huellas del género en la literatura española: en 1786 ve la luz la traducción del *Micrómegas* de Voltaire; en 1793-1800 aparece la de los *Viajes de Gulliver* de Swift; en 1789 la de el *Nuevo Robinson* de Campe, ya que el *Robinson Crusoe*, aunque traducido, no salió entonces

⁴ Las relaciones de los relatos de viaje con otros géneros limítrofes son una constante del género. Su vinculación en el Siglo de Oro con la novela picaresca, la novela sentimental o la novela de caballerías, se puede ver en Alburquerque (2005).

impreso. Uno de los grandes éxitos con numerosas ediciones fueron las *Aventuras de Telémaco, et sic de caeteris...*

Quizá deberíamos añadir aquí las *Cartas Marruecas* de Cadalso, aun a sabiendas de la dificultad que entraña su clasificación genérica. Se trata de un viaje imaginado en el que tres personajes mantienen una relación epistolar con motivo de la estancia en España de uno de ellos. Las reflexiones versan sobre su historia y recalca en los defectos nacionales y en algunas virtudes también, tomando como modelo las *Cartas Persas* de Montesquieu.

En relación con las novelas utópicas, Álvarez de Miranda (1995: 700-701) rastrea su presencia en la literatura española y recuerda que la obra titulada la *Descripción de la Sinapia, península en la tierra austral* es probablemente el único vestigio del género en la primera mitad del siglo, aunque pudiera adscribirse a finales del XVII, es decir, al período de los novatores, verdadero gozne entre ambas etapas. En el último tercio se localiza la obra *Viajes de Enrique Wanton a las tierras incógnitas australes y al País de las Monas, en donde se expresan las costumbres, carácter, ciencias y policía de estos extraordinarios habitantes* (1769-1778), traducción en cuatro tomos de Gutierre Joaquín Vaca de Guzmán de la obra de Zaccaria Seriman, cuyo interés reside en que los dos últimos tomos continúan el relato original de la obra de referencia, claramente inspirada en la de Swift. Señala también como obra interesante el *Viaje de un Filósofo a Selenópolis, corte desconocida de los habitantes de la Tierra*, de Antonio Marqués de Espejo, ya de comienzos del siglo siguiente (1804), a pesar de su escasa o nula originalidad, ya que se trata de una traducción o, en el mejor de los casos, de una adaptación del francés de la obra *Le voyageur philosophe dans un pays inconnu aux habitants de la terre*, escrita por un tal Listonai. No faltan en ella el viaje a la Luna y a la tierra de los antípodas, la descripción de un mundo ideal y la crítica de las costumbres, como ingredientes habituales del género utópico.

La prensa periódica asumió también la publicación de novelas utópicas, lo que corrobora el gusto de los lectores por este tipo de literatura: *El Censor*, *El Corresponsal del Censor*, el *Correo de Madrid o de los ciegos* y el *Semanario erudito* alojaron discursos, cartas y textos en los que se pueden encontrar utopías puras (Álvarez de Miranda 1995: 703-705).

Sigue la relación con obras pertenecientes al campo del género de viajes imaginarios, tales como el *Viaje fantástico del Gran Piscator de Salamanca* (1724) de Torres Villarroel; el poema *Viaje al cielo del Poeta Filósofo* (1777) de Trigueros y el *Viaje estático al mundo planetario* (1793-1794) de Hervás y Panduro.

Se incluirían también en este apartado las novelas en las que el ingrediente utópico forma parte de la trama, como en las *aventuras de Juan Luis* (1781) de Diego Ventura Rejón, el *Antenor* (1788) y *El Mirtilo, o los pastores trashumantes* (1795) de Montengón.

El interés por los viajes, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo, no deja de crecer y corre pareja con una creciente avidez de los lectores por este tipo de literatura. Por otra parte, se trata de una tradición que arranca de la época clásica y que se mantiene hasta el día de hoy.

Los comienzos de la literatura están vinculados precisamente con esta tradición viajera: La *Odisea*, la *Argonáutica* de Apolonio de Rodas (siglo III a.C.), la *Vida y bazañas de Alejandro de Macedonia* (siglo III d.C.) o los *Relatos verídicos* o *Verdadera Historia*, de finales del siglo II, de Luciano, que tanto influyeron en autores de la talla de Tomás Moro, Cyrano, Rabelais, Swift, Voltaire. Muchos de los tópicos de los viajes fantásticos fueron convocados por aquel: el viaje a la Luna y las estrellas, la profusión de seres extraterrestres, las peripecias de distinto alcance (viaje al interior de una ballena, periplo por islas maravillosas), las visitas a lugares ultraterrenales, (como al País de los Bienaventurados). Aunque en la literatura griega abundan los textos de aventuras, la ciencia ficción tiene en Luciano su más ilustre antecedente y en Apuleyo y su *Asno de Oro* su más eminente divulgador. El recorrido podría continuarse a través de la Edad Media europea y los siglos XVI y XVII.⁵

Como vemos, los temas de los viajes de ficción dieciochescos entroncan con la tradición clásica y perviven hasta la actualidad en géneros tan aparentemente contemporáneos como las novelas de ciencia ficción.

Y c) **Relatos de viaje**. Considero que el relato de viaje es un género de arraigada tradición secular, nítidamente diferenciado de lo que podíamos llamar literatura de viajes de ficción a la que me he referido en el apartado anterior. En rigor, literatura factual frente a literatura ficcional, por servirnos de la terminología de Genette (1993: 56-76), que facilitaba la consideración de literarios a ciertos textos como los relatos historiográficos, biografías, diarios, memorias y relatos de viaje (aunque no fueran expresamente citados en aquella relación), cuyo denominador común era su factualidad.

Como he recordado en otras ocasiones lo ficcional no adquiere forma sustantiva en estos textos, sino más bien adjetiva. No es lo mismo, pues, un relato anclado en un hecho real (en un viaje concreto, por ejemplo), aunque sometido a

⁵ Esta trayectoria puede verse en Albuquerque (2011).

una cierta ficcionalización, que un texto ficticio que arranca de un hecho real o se nutre de experiencias personales. El relato factual se desarrolla siguiendo el hilo de unos hechos realmente acaecidos que forman su columna vertebral. El relato de ficción, por su parte, se toma siempre como una invención. La factualidad de estos relatos, cuyo componente cronológico y topográfico remite a un tiempo y un espacio vividos por el viajero, no excluyen su condición de literarios, a pesar de que, insistimos, no ostentaban, según el criterio de las poéticas dieciochescas, tal categoría. Este sello estaba reservado en exclusiva a los textos ficticios, o sea, basados en la imitación verosímil, y escritos en verso, como vimos.

Curiosamente, la exclusión del palenque literario de estos textos ha perdurado hasta hace relativamente poco tiempo. La invocada autoridad de Aristóteles para avalar esta postura puede servir *sensu contrario* al recordar que el Estagirita también argumenta a favor de las obras (léase tragedias) que recurren a nombres y hechos que han existido en la *Poética*, ya que —aduce— «lo sucedido, está claro que es posible, pues no habría sucedido si fuera imposible».

Que las obras tratadas aquí no fueran incluidas en las poéticas dieciochescas, como ha quedado dicho, sorprende menos que el hecho de que no hayan sido reivindicadas hasta hace relativamente poco tiempo como literarias *stricto sensu*. Ha podido influir decisivamente otro rasgo caracterizador del género: su versatilidad formal. Los relatos de viaje en el siglo XVIII hay que buscarlos en memorias, apuntes, cartas sobre todo, diarios, prensa... El género se metamorfosea en otros moldes diferentes de los que había asumido en la Edad Media (crónicas, peregrinaciones, periplos comerciales) y en el Renacimiento (sobre todo, crónicas de Indias), pero manteniendo básicamente inalterados sus tres pilares fundamentales: son viajes reales posteriormente narrados con una inequívoca voluntad descriptiva y un arraigado sentido de la testimonialidad en el que el 'yo' se instaura de manera natural dentro de su maquinaria.

Recuerda Belén Tejerina que el estilo epistolar en los relatos de viaje tiene un comienzo finisecular. La obra *Voyage d'Italie* de Maximilien Misson, publicada en 1691 marca el punto de partida de este cambio radical que refleja la tendencia individualista de la cultura de la Ilustración. El hombre ilustrado necesita de un interlocutor —real o ficticio— al que «ofrecerle el regalo de sus impresiones; y así empieza a publicarse este tipo de relaciones con técnica epistolar, en virtud de lo cual las guías que hasta entonces habían venido siendo un mero vademécum, irán adquiriendo un tono progresivamente autobiográfico» (Tejerina: 10).

Teniendo en cuenta que los relatos de viaje en el siglo XVIII son abundantes, voy a repasar solo los más significativos, algunos de los cuales han sido considerados por algunos estudiosos como los textos más sobresalientes del siglo y su

prosa como precursora en cierto sentido de los relatos de viaje de la generación del 98. Queda mucho por hacer en la fijación de este corpus, que hay que rastrear también en la prensa periódica, sobre todo de la segunda mitad del siglo XVIII, en la que aparecen en casi todos los periódicos, tanto informativos como culturales, relaciones de viaje vinculadas a la actualidad más inmediata.⁶

Álvarez de Miranda (1995:688) no oculta que aún queda mucho por hacer. Aunque extenso, merece la pena transcribir el siguiente párrafo:

«Frente a esto, los viajes que hoy conocemos de Jovellanos, de Moratín, de Viera y Clavijo, de Iriarte, de Campomanes, de Antonio de Zamora, de Sarmiento, de Flórez, de Pérez Bayer, han sido publicados mucho después de la desaparición de sus autores. Otros se han descubierto en fecha muy reciente [...]. Otros, en fin, de los que duermen en bibliotecas o archivos, apenas han sido objeto de una rápida noticia —caso del viaje de Valencia a Bruselas en 1732 del caballero vizcaíno don Juan de Arenas y Aroztegui—, o siguen completamente olvidados —por ejemplo, los diversos viajes por España de don Carlos de Beramendi y Freire—. Caso en verdad paradójico es el de los viajes de Félix de Azara por la América meridional, publicados en francés por C.A. Walckenaer en 1809, y para los que hoy, si se desea leerlos en la lengua del autor, hay que servirse de la retraducción española (1934). Y no es menos paradójico el hecho de que el gran Jovellanos, en el prólogo a sus *Cartas de viaje de Asturias*, hable de la necesidad de hacer públicas las «descripciones» de viajes, por la utilidad general que de ellas se deriva: él pensaba hacerlo así cuando redactaba tal prólogo, pero, como explica su más reciente y cuidadoso editor, el profesor Caso González, fue posponiendo la decisión de dar la obra a la imprenta, y a partir de un determinado momento sus circunstancias biográficas hicieron definitivamente imposible que la viera publicada».

Uno de los relatos de viaje más representativos es sin duda el *Viaje de España* (1772-1774) en diecinueve volúmenes del castellanense Antonio Ponz (también escribió un *Viaje fuera de España*, en dos volúmenes) cuyo marcado desequilibrio de lo descriptivo en relación con lo narrativo lo aproxima en cierto sentido a las guías de viaje. Su interés se centra en documentar el patrimonio artístico del país, en corregir errores históricos y en lamentar el abandono de muchas regiones de España. En suma, prevalece, como en la mayoría de los relatos de viaje de la época, la preocupación «regeneracionista» por encima de otros intereses. De su notoriedad da cuenta el hecho de que Moratín llevara consigo estos volúmenes y de que los consultara durante su estancia en Bruselas.

⁶ Uzcanga Meinecke (2011) analiza la importancia de estos relatos en la prensa de la segunda mitad del siglo y en los años ochenta, su etapa de máximo apogeo.

Del mismo o parecido tenor, aunque ya de principios del siglo siguiente, es el *Viaje literario a las iglesias de España* (1803-1852), de Jaime Villanueva o el resumen del *Viaje* de Ponz realizado por Conca. Llama la atención el carácter fronterizo de estos relatos. Si el texto como el evocado de Ponz se descompensa debilitando el hilo narrativo mínimamente requerible para alcanzar la condición de relato, se alejará, por exceso de descripción, del género como tal. Habría que estudiar con más detalle en qué punto de la frontera entre el relato de viaje y la guía de viaje se encuentra. El hilo narrativo no puede nunca desaparecer. En tal caso, nos encontraremos con los «relatos estampa» propios del siglo XIX, que eliminarán cualquier atisbo de narración.

Las *Cartas del viaje de Asturias* de Jovellanos contienen auténticos tesoros en cuanto al género de los relatos de viaje. Lo que había comenzado como una simple colaboración para el *Viaje de España* de Ponz se convirtió pronto en algo más independiente que su autor decidió no entregar y publicar más tarde, con las ampliaciones y correcciones correspondientes. De las diez cartas a Antonio Ponz la primera, en concreto, relata un viaje de Madrid a León; la segunda contiene una descripción del convento de San Marcos; la tercera cuenta un viaje de León a Oviedo; la octava parece un fresco de las costumbres y tradiciones folklóricas del pueblo asturiano. Algunos estudiosos dieciochistas consideran que *Las diez cartas a Don Antonio Ponz* son de lo más valioso de la obra de Jovellanos. Algo similar ocurre con el *Diario*, aunque en este caso se puede considerar en conjunto como un auténtico relato de viaje que Jovellanos realizó por distintas regiones españolas a modo de *Itinerarios* en los que anota las incidencias diarias, los lugares visitados. Destaca la minuciosidad de las descripciones, el rigor con que se sitúan los hechos y la sensibilidad con que se dibuja la naturaleza. No en vano se ha destacado su condición de precursor de los ‘relatos de viajes’ del 98 al comparar el detallismo de sus descripciones paisajísticas con las de maestros como Azorín.

Los relatos de viaje más conocidos y difundidos de la época son los cinco tomos de las *Cartas familiares* de Juan Andrés a su hermano Carlos, publicadas en Madrid (1786-1793)⁷. Fue reeditado muy pronto en España y se hicieron traducciones al italiano, francés y alemán. Aunque célebre en su época por su monumental obra *Origen, progresos y estado actual de toda literatura* (Madrid, 1784-1806), los viajes han sido considerados por algunos estudiosos de su obra como una continuación de aquel enciclopedismo, por el cúmulo de información que atesora sobre actividades literarias y artísticas, bibliotecas, academias, bibliografía, personalidades del mundo intelectual, etc. La conjunción de diario e

⁷ Idoia Arbillaga e Isabel Llopis dedican un apartado amplio a analizar el humanismo en las cartas familiares de Juan Andrés (2010).

itinerario en el que se insertan descripciones, vivencias y reflexiones otorgan a la obra la condición plena de relato de viaje de carácter ensayístico, propio por otra parte de la mayoría de los producidos durante el siglo XVIII.

Juan Antonio Ríos Carratalá sostiene, sin embargo, que las *Cartas familiares* no son un «libro de viajes»:

«No es un libro de viajes ni lo pretendió el autor. No encontramos las memorias e impresiones de quien descubre un nuevo país. No hay nada que le sorprenda o extrañe y no pretende comparar lo nuevo con lo conocido, el país visitado con el de origen. No existe, pues, la perspectiva del extranjero. Tampoco encontramos la exhaustividad y hasta prolijidad de los «viajeros filosóficos» que, con espíritu notarial, anotan todo lo visto. No hay referencias a los desplazamientos, alojamientos, comidas y precios; apenas encontramos datos costumbristas y no pretende convencernos —como otros viajeros españoles— de que ha visto todas las iglesias y monumentos destacados de Italia, a pesar de que sigue un itinerario convencional sin la menor posibilidad para la aventura o lo inédito. Juan Andrés, dada su perspectiva, tiene unos objetivos más concretos que le hacen más selectivo en el relato de sus viajes».

Teniendo en cuenta que las objeciones señaladas son ciertas, conviene subrayar, no obstante, que certifican precisamente la tendencia de los relatos de viaje ilustrados a centrarse en las descripciones de lo observado y, en el caso particular de Juan Andrés, a demorarse en todo lo atinente a sus intereses intelectuales en detrimento de los personales. Las *Cartas* son, en mi opinión, un relato de viaje con un marcado sesgo ensayístico, nada infrecuente en su desarrollo futuro, como sucederá con los relatos de viaje de algunos escritores del 98. No goza ciertamente de la frescura de los relatos de Moratín, un hombre de mundo cuyo abanico de intereses era mucho más variado. Me quedo mejor con la opinión de Fabbri (1996: 415) cuando afirma que «todo lo que podía interesar a una persona culta y polifacética como la de Andrés, encontró espacio en las *Cartas*, que son encomiables también por la exactitud de la información, la agudeza de los análisis, la belleza de las descripciones».

Juan Andrés, me parece a mí, escribe un relato de viaje en el que plasma su personalidad, atenta a sus intereses como intelectual y como jesuita. Aunque el 'yo' no se proyecte suficientemente, el marco epistolar lo inclina hacia una relación interpersonal. El hecho de que una obra no cumpla unas determinadas expectativas, pongamos por caso, no le resta un ápice a su condición genérica.

Aparte las cartas, diarios y memorias, abundan en el siglo XVIII los viajes a Italia que algunos intelectuales ilustrados nos han legado como colección de relatos

de viaje. Entre ellos destacan *El Viaje a Italia* de José Viera y Clavijo, las propias *Cartas familiares desde Italia* del padre Andrés o *El Viage a Italia* de Leandro Fernández de Moratín, que encontrarán continuación en la siguiente centuria.⁸

En concreto, de los relatos de viaje de Leandro Fernández de Moratín, que adoptan la forma de apuntes y cartas, Julián Marías (1963: 107) ha comentado su importancia de manera elocuente:

«Todas las potencias de Leandro Fernández de Moratín se exaltan en Italia: su capacidad de percepción, su ojo crítico, sus principios, y sobre todo su talento de escritor. Los que sólo conocen de Moratín su teatro y sus poesías, no tienen la menor idea de quién fue; son sus cartas y diarios los que dan su medida; pero, sobre todo, en Nápoles y en Roma es donde Moratín llega a ser el extraordinario escritor que pudo ser, el que sólo asomó tímidamente para desvanecerse. Con él se fue si no me engaño la posibilidad de que la literatura española del siglo XIX hubiese sido plenamente auténtica, no aquejada por una enfermedad oculta que le impidió ser como la francesa o la inglesa, como había sido en el Siglo de Oro, como había de volver a ser desde el 98 [...] el documento —si vale la expresión— que comprueba esto es precisamente la prosa de este Moratín de sus viajes. Ahí vemos lo que la prosa española pudo ser, lo que tenía que haber sido y no fue. Si hubiera pasado por esas formas, se hubiera ahorrado medio siglo de amaneramiento, de dengues, de tópicos, de afectación, de insinceridad, en suma».

Los abundantísimos relatos de viaje de la Ilustración se han dividido por su temática en distintos subgéneros. Ya Gómez de la Serna hizo un intento de clasificación en el que distinguió cinco categorías: Viajes económicos, viajes científico-naturalistas, viajes artísticos, viajes histórico-arqueológicos y viajes literario-sociológicos. Algunos estudiosos prefieren hablar de «viaje total» puesto que todos tienden a convertirse al final precisamente en eso (Álvarez de Miranda 693). No obstante, aunque efectivamente la mayoría de los relatos puedan contener de todo, siempre habrá una dominante temática que destaque por encima de las demás. Prefiero reducir las categorías a tres: viajes económicos, científico-naturalistas y ensayísticos. Dentro de esta última, englobaría los artísticos, los histórico-arqueológicos y los literario-sociológicos para evitar los solapamientos temáticos que impiden que el título responda cumplidamente al contenido de su enunciado.

⁸ Sobre el viaje a Italia en España puede verse la monografía de Idoia Arbillaga (2005), que analiza su evolución hasta el siglo XX.

Algunos críticos consideran que el relato de viaje es un género ensayístico (Arbillaga 1998: 949). Más bien considero que es un género en sí mismo que, en ocasiones, como en el período ilustrado, asume un carácter ensayístico. De hecho, hay relatos de viaje medievales o renacentistas que nada tienen que ver con el género ensayístico. O algunos de los más conocidos relatos de nuestra literatura reciente, que se escaparían de semejante inclusión. Sigo proponiendo como categorías formales para el discernimiento del género las que expuse ya en otra ocasión (Alburquerque: 32):

«Los tres rasgos nucleares señalados al inicio de la exposición pueden esquematizarse en tres binomios a los que me he referido en trabajos anteriores: factual/ficcional, descriptivo/narrativo y objetivo/subjetivo. Según lo dicho, y con respecto al primer binomio, si la balanza textual se inclina del lado de lo ficcional (dependiendo del grado en que lo haga), nos alejamos del género propiamente dicho (es el caso de las novelas de viajes en forma de aventuras, de ciencia ficción, utopías, etc.). Si en la pareja descriptivo/narrativo el segundo término del par domina sobre el primero también nos distanciamos de lo descriptivo, uno de los puntales de estos relatos. Por el contrario, si lo descriptivo invade completamente la escena, nos encontramos con los casos ya evocados (*Viajes* de Ponz en el siglo XVIII, relatos estampa del siglo XIX) en que por exceso de lo descriptivo nos apartamos del esquema genérico (las guías de viaje ejemplificarían este caso extremo). En cuanto al tercer binomio, objetivo/subjetivo (vinculado muchas veces a una determinada carga ideológica), sucede algo parecido: si se potencia lo subjetivo por encima de lo objetivo nos alejamos paulatinamente del modelo. En la medida en que el relato se convierte en pura subjetividad se sale del marco genérico. Otra cosa distinta es que lo subjetivo prevalezca sin merma de los elementos testimoniales (como sucede, por ejemplo, con los relatos de viaje ensayísticos de los escritores del 98).

Es decir, la hipertrofia de los aspectos ficcionales a expensas de los factuales, de lo subjetivo a expensas de lo objetivo y de lo descriptivo a expensas de lo narrativo, enmarcarían por defecto (de lo factual y de lo objetivo) y por exceso (de lo descriptivo) las fronteras del género. Estos binomios, junto con las precisiones hechas sobre la importancia de los aspectos paratextuales e intertextuales, pueden facilitar la clasificación del variado arco de obras que caben dentro del género ‘relato de viajes’.

Y —añado ahora— pueden facilitarnos también el esclarecimiento de las fronteras del relato de viaje en general y del viaje ilustrado en particular.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alburquerque García, Luis. «El relato de viajes: hitos y formas en la evolución del género», *Revista de Literatura* (número monográfico *Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia* Luis Alburquerque, coordinador) LXXIII/145 (2011): 15-34.
- Alburquerque García, Luis. «Consideraciones acerca del género relato de viajes en la literatura del Siglo de Oro», *Actas del congreso «El Siglo de Oro en el nuevo milenio»*, Carlos Mata y Miguel Zugasti, editores. Pamplona: Eunsa, 2005. 129-141.
- Albiac, María-Dolores. «La organización cultural. Las vías de la Ilustración. Correr Cortes». *Historia de la Literatura española 4. Razón y sentimiento. El Siglo de las Luces (1692-1800)*. Madrid: Crítica, 2011. 255-260.
- Álvarez de Miranda, Pedro. «Los libros de viajes y las utopías en el siglo XVIII español». *Historia de la Literatura española. Siglo XVIII (II)*, Guillermo Carnero, coordinador. Madrid: Espasa Calpe, 1995. 682-719.
- Arbillaga, Idoia. *Estética y teoría del libro de viaje. El 'viaje a Italia' en España*. Málaga: Analecta Malacitana (Anejo LV), 2005.
- Arbillaga, Idoia e Isabel Llopis. «El humanismo cristiano de Juan Andrés y el Viaje a Italia como fenómeno humanístico». *Teoría del Humanismo*, volumen VI, Pedro Aullón de Haro, editor. Madrid: Verbum, 2010. 371-403.
- Checa Beltrán, José. (1998). *Razones del buen gusto. (Poética española del neoclasicismo)*. Madrid: CSIC.
- Fabbri, Maurizio. «Literatura de viajes». *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Francisco Aguilar Piñal, editor. Madrid: Trotta/Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1996. 407-423.
- Genette, Gérard. *Ficción y dicción*. Barcelona: Lumen, 1993.
- Gómez de la Serna, Gaspar. *Los viajeros de la Ilustración*. Madrid: Alianza Editorial, 1974.
- Marías, Julián. *Los españoles*. Madrid: Revista de Occidente, 1962.
- Ríos Carratalá, Juan Antonio. «Ociosos, abates y traductores». Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- Tejerina, Belén. «Prólogo». *Leandro Fernández de Moratín. Viage a Italia*. Madrid: Espasa Calpe, 1988.
- Uzcanga Meinecke, Francisco. «El relato de viaje en la prensa periódica de la Ilustración: entre el *prodesse et delectare* y la instrumentalización satírica», *Revista de Literatura* (n.º monográfico *Relatos y literatura de viajes en el ámbito hispánico: poética e historia*, Luis Alburquerque, coordinador) LXXIII/145 (2011): 219-232.